

CIUDAD NÓMADA Y OTROS RELATOS

Antología de ciencia ficción contemporánea

Edición y selección de Mariano Villarreal
Relatos de Ken Liu, Nancy Fulda, Kameron Hurley, Caroline M.
Yoachim, Pablo Loperena, Josué Ramos

Premio Alberto Magno 2016
Finalistas de los premios Hugo y Nebula 2012, Locus 2017,
Domingo Santos 2016

Antología de ciencia ficción contemporánea con el que retornamos a la esencia de los primeros volúmenes de la serie *Terra Nova*.

En este volumen el lector podrá encontrar historias que tratan temas como la eutanasia, el autismo, la inmigración ilegal o la mercantilización del mundo del arte. Relatos distópicos, con un enfoque a lo *Black Mirror*, crudos cuadros de supervivencia tras el apocalipsis o que se enfrentan a la esencia más descarnada de la naturaleza; pero también hay espacio para la esperanza, la tenacidad, los sentimientos y el sentido de la maravilla, tramas que siguen la evolución del universo y que muestran que una mente artificial puede llegar a ser tan humana como una biológica.

PRESENTACIÓN

Bienvenido/a a una nueva selección de Nova Fantástica de la editorial Sportula. Como viene siendo habitual, estas antologías intentan ofrecer un equilibrio entre la mejor narrativa breve mundial y cuentos escritos originalmente en español, para satisfacer un doble objetivo: acercar al lector hispanohablante algunos de los relatos más relevantes del panorama internacional, en traducción de los mejores especialistas, y fomentar la producción autóctona. En ambos casos se trata de historias trascendentes, altamente especulativas y de gran calidad literaria y humana, de autores/as consagrados/as pero también de nuevos valores que reclaman su propio espacio.

El presente volumen lleva por título *Ciudad Nómada y otros relatos*, una antología de cuentos de ciencia ficción contemporánea en la que intentamos retomar el espíritu de la serie *Terra Nova*, mezclando relatos extranjeros y originales en español a partes iguales y finalizando con una novela corta. En esta ocasión contamos con autores veteranos de la talla de Ken Liu y Maureen F. McHugh, una de las escritoras más influyentes de los últimos tiempos como es Kameron Hurley, una estupenda cuentista como Nancy Fulda y el joven talento de Caroline M. Yoachim. También escritores emergentes españoles e iberoamericanos, como Víctor Selles, Josué Ramos, Elaine Vilar, Bandinnelli, Andrea Prieto y Pablo Loperena.

La ilustración de portada corresponde a Julie Dillon, una de las artistas más reputadas de la ciencia ficción y la fanta-

sía mundiales, ganadora del Premio Hugo como artista profesional en tres ocasiones y cinco veces el Premio Chesley de las trece veces en que fue finalista.

Este libro se edita en paralelo con otro volumen que hemos llamado *El viento soñador y otros relatos*, una antología de fantasía y ciencia ficción. Ambos títulos contienen una decena de narraciones de primer nivel que se complementan con un relato extra.

En esta selección el lector podrá encontrar historias que tratan temas como la eutanasia, el autismo, la inmigración ilegal o la mercantilización del mundo del arte. Relatos distópicos, con un enfoque a lo *Black Mirror*, crudos cuadros de supervivencia tras el apocalipsis o que se enfrentan a la esencia más descarnada de la naturaleza; pero también hay espacio para la esperanza, la tenacidad, los sentimientos personales y el sentido de la maravilla, tramas que siguen la evolución del universo y que muestran que una mente artificial puede llegar a ser tan humana como una biológica.

Hemos puesto mucho trabajo e ilusión en este libro. Esperamos sinceramente que lo disfrutes, que lo comentes, valores y sugieras nuevas historias con las que mejorar y hacer crecer este proyecto editorial. Contigo, *Per aspera ad astra*.

Mariano Villarreal
novaficcion@gmail.com
@literfan

SIETE CUMPLEAÑOS

KEN LIU

KEN LIU (Lanzhou, China, 1976) es un escritor norteamericano de ciencia ficción y fantasía de origen chino, cuya identidad cultural mestiza queda patente en buena parte de su producción literaria. Es uno de los escritores de género fantástico más galardonados del momento; también es abogado, programador de software y traductor de chino a inglés, entre otros de *El problema de los Tres Cuerpos* de Liu Cixin —novela ganadora del premio Hugo en 2015— y la antología de ciencia ficción china *Planetas invisibles* (Alianza-Runas, 2017), de la que también fue editor.

Cuentos suyos han aparecido en las antologías *Terra Nova* de ciencia ficción contemporánea: «El zoo de papel», «El hombre que puso fin a la historia. Documental» y «Mono no aware», que también se incluyen en el recopilatorio *El zoo de papel y otros relatos* (Alianza-Runas, 2017). Además, es posible encontrar otros cuentos en volúmenes de la serie *Nova Fantástica*: «Algoritmos para el amor» en *A la deriva en el mar de las Lluvias* (Sportula, 2015), y en el blog *Cuentos para Algernon. La Gracia de los Reyes y El Muro de las Tormentas* han supuesto su debut como novelista, dos obras *silkpunk* pertenecientes a la trilogía *La Dinastía del Diente de León* que han obtenido un notable éxito de público y crítica.

En «Siete cumpleaños» (*Seven Birthdays*) seguimos la evolución de Mia, la del planeta Tierra y la del resto de seres humanos a través del tiempo y el espacio en una emotiva mezcla de historia personal, evolución cosmológica y sentido de la maravilla propio de la ciencia ficción dura. Fue publicado originalmente en la antología *Bridging Infinity* editado por Jo-

nathan Strahan en 2016 y reeditado un año después en *The Best Science Fiction and Fantasy of the Year #11*, del mismo editor; quedó en séptimo lugar del premio Locus en 2017.

La traducción es obra de Manuel de los Reyes

7

El amplio césped se extiende ante mí hasta rozar casi la espuma dorada del mar, de la que solo lo separa una estrecha franja de arena oscura, bronceada. El sol, cálido y radiante, se oculta mientras siento la delicada caricia de la brisa en los brazos y el rostro.

—Quiero esperar un poco más —digo.

—Pronto habrá oscurecido —replica papá.

—Mándale otro mensaje —insisto, mordiéndome el labio.

Niega con la cabeza.

—Ya le hemos dejado bastantes.

Miro a mi alrededor. El parque ya se ha quedado prácticamente desierto. El frío del anochecer comienza a insinuarse en el aire.

—De acuerdo. —Procuró que no se me note la desilusión en la voz. Cuando algo se repite una y otra vez debería dejar de decepcionarte, ¿verdad?—. Vamos a volar.

Papá levanta la cometa, un rombo con un hada pintada y dos largas cintas a modo de cola. Esa mañana la había sacado del cobertizo, junto a la puerta del parque, porque la cara del hada me recordaba a mamá.

—¿Preparada? —pregunta papá.

Asiento en silencio.

—¡En marcha!

Echo a correr hacia el mar, hacia el cielo en llamas y el sol anaranjado, fundido. Papá suelta la cometa y oigo el *fwoomp* que emite al elevarse por los aires, tensando el cordel que sostengo en la mano.

—¡No mires atrás! Sigue corriendo y ve soltando el hilo despacio, como yo te he enseñado.

Continúo corriendo. Como Blancanieves a través del bosque. Como Cenicienta cuando el reloj marca las doce

de la noche. Como el Rey Mono intentando escapar de la mano de Buda. Como Eneas, perseguido por la ira atronadora de Juno. Estoy dejando que se desenrolle el cordel cuando una inesperada racha de viento me obliga a entrecerrar los ojos, con el corazón latiendo en mi pecho al compás que marcan mis pies desbocados.

—¡Ya está arriba!

Freno, me detengo y giro sobre los talones para mirar. El hada está en el aire, luchando por escapar de mis manos. Sujeto con fuerza las asas de la bobina de hilo mientras me imagino que el hada me impulsa por los aires hasta permitirme sobrevolar el Pacífico, meciéndome como hacían mamá y papá cuando me levantaban por los brazos entre los dos.

—¡Mia!

Miro en dirección a la voz y veo que mamá está cruzando el césped a largas zancadas; sus largos cabellos morenos se mecen con la brisa como las colas de la cometa. Se detiene al llegar a mi altura, se arrodilla en la hierba, me envuelve en un abrazo y estrecha su cara contra la mía. Huele al champú que usa siempre, a lluvia de verano y flores silvestres, una fragancia que solo me es dado percibir cada pocas semanas.

—Perdón por el retraso —murmura, con la voz amortiguada por mi mejilla—. ¡Felicidades!

Me gustaría darle un beso, pero me resisto. Noto que el hilo de la cometa se afloja y le pego un tirón, con fuerza, como me ha enseñado papá. Mantener la cometa en el aire es fundamental para mí, aunque ignoro el motivo. Quizá esté relacionado con la necesidad de besar a mi madre y, al mismo tiempo, no hacerlo.

Papá se acerca trotando. No dice nada sobre la hora que es. Tampoco menciona que hemos perdido la mesa que había reservado para cenar.

Mamá me da un beso y separa su rostro del mío, pero continúa rodeándome con los brazos.

—Ha surgido una cosa —se disculpa con voz firme, controlada—. El vuelo de la embajadora Chao-Walker se había visto aplazado y se las apañó para concederme tres horas de su tiempo en el mismo aeropuerto. Tenía que enumerarle los pormenores del plan de gestión solar para que pudiese asistir preparada al Fórum de Shanghái que se celebrará la semana que viene. Era importante.

—Siempre lo es —dice papá.

Los brazos de mamá se tensan a mi alrededor. Esta ha sido siempre la tónica de su relación, incluso cuando vivían aún bajo el mismo techo. Explicaciones no solicitadas. Reproches disimulados para parecer otra cosa.

Me rebullo entre sus brazos para zafarme de ella, con delicadeza.

—Mira.

También esto ha formado parte de la tónica general desde siempre: mis intentos por interrumpir la suya. No puedo por menos de creer en la existencia de una simple solución, debe de haber algo que esté en mi mano y me permita arreglar las cosas.

Señalo la cometa, con la esperanza de que mamá se fije en que he elegido un hada cuyas facciones se parecen a las suyas, pero ya ha subido demasiado como para que se dé cuenta de la semejanza. He soltado toda la cuerda. El largo hilo se comba con delicadeza, como una escalera que estuviese conectando la Tierra con el paraíso; el segmento más elevado resplandece dorado con los mortecinos rayos de sol.

—Qué bonita —dice mamá—. Algún día, cuando se hayan calmado un poquito las aguas, te voy a llevar a ver el festival de cometas que se celebra donde me crié, en la otra punta del Pacífico. Te encantará.

—Para eso tendríamos que volar.

—Sí, pero que no te dé miedo. Yo lo hago cada dos por tres.

Aunque no me da miedo, asiento con la cabeza de todas formas para demostrarle lo convencida que estoy. Me abstengo de preguntarle cuándo llegará ese «algún día».

—Ojalá la cometa pudiera volar aún más arriba —digo, desesperada por que las palabras sigan fluyendo, como si desenrollando el hilo de la conversación se fuese a mantener en el aire algo precioso—. ¿Llegará hasta el otro lado del Pacífico si corto la cuerda?

—Me temo que no —contesta mamá transcurrido un instante—. Es únicamente gracias al hilo que la cometa se mantiene en el aire. Imagínate que fuese un avión; se impulsa con la tensión que ejerce la cometa sobre ella. ¿Sabías que los primeros aeroplanos de los hermanos Wright en realidad eran cometas? Así aprendieron a construir las alas que necesitaban. Algún día te enseñaré cómo genera una cometa la fuerza ascen...

—Pues claro que sí —la interrumpe papá—. Llegará al otro lado del Pacífico. Es tu cumpleaños. Todo es posible.

Después de eso, ninguno de los dos vuelve a decir nada más.

No le confieso a papá que disfruto escuchando a mamá cuando habla de máquinas, ingeniería, historia y otros temas que todavía no entiendo del todo. A ella no le digo que ya sé que ninguna cometa podría cruzar el océano volando; me limito a intentar que siga dirigiéndose a mí en vez de ponerse a la defensiva. A él no le digo que ya soy demasiado mayor como para creer que todo es posible en mi cumpleaños; había deseado que no se pelearan, y mira de lo que ha servido. A ella, que sé que no incumple a propósito las promesas que me hace, aunque continúa doliéndome. No les digo que me encantaría ser capaz de cortar el hilo que me une a sus alas; los vaivenes a los que someten mi corazón sus corrientes de aire enfrentadas son excesivos.

Sé que me quieren aunque ellos ya no se puedan ni ver, pero eso no hace que sea más fácil.

El sol se hunde lentamente en el mar; con la misma parsimonia, las estrellas comienzan a parpadear en el firmamento. La cometa se ha perdido entre ellas. Me imagino al hada, traviesa, visitándolas una por una para darles un beso.

Mamá saca el teléfono y se pone a teclear con fiereza.

—Me imagino que no habrás cenado —dice papá.

—No. Ni almorzado. Llevo el día entero corriendo de acá para allá —replica mamá sin apartar la vista de la pantalla.

—He descubierto un sitio vegano bastante decente a unas pocas manzanas del aparcamiento. A lo mejor podríamos escoger una tarta en la pastelería que hay de camino y pedirles que nos la sirvieran de postre.

—H-hm.

—¿Te importaría guardar ese chisme? Por favor.

Mamá respira hondo y guarda el teléfono.

—Intentaba cambiar mi vuelo por otro que salga más tarde para pasar más tiempo con Mia.

—¿No te puedes quedar con nosotros ni siquiera una noche?

—Por la mañana tengo que estar en D.C. para reunirme con el profesor Chakrabarti y el senador Frug.

El gesto de papá se endurece.

—Para estar tan preocupada por el estado de nuestro planeta, lo cierto es que te pasas el día montando en avión. Si a tus clientes y a ti no os importase tanto desplazaros lo más deprisa posible y enviarais más...

—Sabes de sobra que no hago esto por mis clientes.

—Lo único que sé es que se te da de maravilla engañarte a ti misma. La verdad es que trabajas para las corporaciones más gigantescas de unos estados autócratas que...

—¡Trabajo para encontrar soluciones técnicas en vez de promesas vacías! Tenemos una responsabilidad moral para con el conjunto de la humanidad. Lucho por el ochenta por

ciento de la población mundial que subsiste con menos de diez dólares al...

Dejo que la cometa me arrastre sin que los colosos que gobiernan mi vida se percaten de ello. El viento amortigua el sonido de su discusión. Me acerco paso a paso a la espuma que rompe en la orilla, remolcada por el hilo hacia las estrellas.

49

La silla de ruedas se las está viendo y deseando para conseguir que mamá se sienta cómoda en ella.

Primero prueba a elevar el asiento para situar sus ojos a la altura del monitor del arcaico ordenador que le he regalado, pero incluso con la espalda encorvada y los hombros hundidos le cuesta llegar al teclado de la plataforma inferior. La silla se hunde cuando estira los dedos temblorosos en dirección a las teclas. Pulsa unas cuantas letras y números mientras se esfuerza por mantener la mirada fija en la pantalla que ahora se cierne sobre ella. Los motores emiten un zumbido cuando la silla la eleva de nuevo. Ad infinitum.

Más de tres mil robots, supervisados por tres enfermeras, se encargan de atender las necesidades de los aproximadamente trescientos residentes de Sunset Homes. Así morimos ahora. Sin que nadie nos vea. Dependientes de la sabiduría de las máquinas. El culmen de la civilización occidental.

Me acerco para dejar el teclado apoyado encima de un montón de antiguos libros de tapa dura que saqué de su casa antes de venderla. Los motores dejan de refunfuñar. Un sencillo truco para resolver un problema complicado, el tipo de cosa que a ella le habría gustado.

Me observa sin el menor destello de reconocimiento en sus ojos nublados.

—Mamá, soy yo —le digo—. Tu hija, Mia —añado transcurrido un segundo.

«Tiene sus días buenos», recuerdo las palabras de la enfermera jefe. «Da la impresión de tranquilizarse con las matemáticas. Gracias por sugerírnoslo».

Examina mi rostro.

—No. —Titubea un instante—. Mia tiene siete años.

Vuelve a concentrarse en el ordenador y continúa picoteando números en el teclado.

—Tengo que dibujar otra vez esas curvas de demografía y conflicto —murmura—. A ver si se enteran de que esta es la única forma de...

Me siento en la cama, diminuta. Supongo que debería zaherirme el hecho de que recuerde mejor sus apolilladas ecuaciones que a mí, pero ya su ausencia es tan grande, como la de una cometa cuyo único nexo con este mundo fuese el tenue hilo de su obsesión por recortar la distancia que separa el cielo de la Tierra, que no consigo reunir ni la añoranza ni la indignación necesarias.

Estoy familiarizada con los patrones mentales prisioneros de su cerebro, agujereado ahora como un colador. No se acuerda de lo que pasó ayer, ni la semana pasada, ni mucho menos en las últimas décadas. No recuerda mi rostro ni el nombre de mis dos maridos. Tampoco el funeral de papá. Ni siquiera me molesto en enseñarle las fotos de la graduación de Abby ni el vídeo de la boda de Thomas.

El único tema de conversación que nos queda es mi trabajo, aunque no espero que se acuerde de los nombres que le menciono ni que entienda los problemas que me esfuerzo por resolver. Le hablo de lo difícil que resulta cartografiar la mente humana, de las complicaciones inherentes a replicar en silicio los sistemas de computación con base de carbono, de la promesa de esa actualización del hardware que constituye el frágil cerebro humano, en apariencia tan próxima y, al mismo tiempo, tan inalcanzable. Es básicamente un monólogo. A ella el torrente de jergonza es-

pecializada la reconforta. Yo me conformo con que me escuche, con que no demuestre tener prisa alguna por escapar volando a otra parte.

Interrumpe sus cálculos.

—¿Hoy qué día es? —me pregunta.

—Es mi... Hoy es el cumpleaños de Mia.

—Debería ir a verla. En cuanto termine con esto.

—¿Por qué no salimos a dar un paseo? A Mia le gusta tomar el sol.

—El sol... El sol es demasiado brillante —musita mientras aparta las manos del teclado—. De acuerdo.

Recorro los pasillos flanqueada por la silla de ruedas, que se desliza con agilidad junto a mí hasta que llegamos afuera. Los niños gritan y corren de aquí para allá por el amplio césped, como electrones sobreexcitados, mientras los apergaminados y canosos residentes los observan inmóviles desde sus asientos, apiñados en conjuntos independientes como núcleos esparcidos por el vacío. Se supone que a los mayores les levanta el ánimo pasar algún tiempo rodeados de críos, por lo que en Sunset Homes intentan reconstruir la hoguera tribal y la lumbre rural con autobuses que llegan cargados hasta los topes de parvulitos.

El resplandor la obliga a entornar los párpados.

—¿Está aquí Mia?

—Vamos a buscarla.

Nos adentramos juntas en el bullicio, tras la pista del fantasma de su memoria. Por fin se relaja, a la larga, y comienza a hablarme de su vida.

—Aunque el calentamiento global antropogénico es real —dice—, el consenso generalizado es demasiado optimista. La realidad es mucho peor. Debemos ponerle remedio ahora, mientras vivamos, por el bien de nuestros hijos.

Hace tiempo que Thomas y Abby dejaron de acompañarme en estas visitas a una abuela que ya no los reconoce. No los culpo. Si para mi madre no son más que una pareja de desconocidos, también ella lo es para ellos. No conser-

van ningún recuerdo de cuando les preparaba galletas en las largas tardes de verano, ni de cuando les dejaba quedarse despiertos hasta tarde, viendo dibujos animados en sus respectivas tabletas. Siempre ha sido, en el mejor de los casos, una presencia distante en sus vidas, especialmente palpable cuando les costeó la matrícula de la universidad con un solo cheque. Una bondadosa hada madrina, tan irreal como todas esas historias sobre una época en la que la Tierra se había dado por condenada.

Le preocupa más el concepto de unas hipotéticas generaciones futuras que la auténtica sangre de su sangre. Estoy siendo injusta, lo sé, pero así suele ser la verdad.

—Como no hagamos algo —dice—, gran parte de Asia Oriental se habrá vuelto inhabitable en menos de un siglo. Al establecer un registro de las pequeñas glaciaciones y los miniperiodos cálidos de la historia, lo que obtenemos es un compendio de migraciones en masa, guerras, genocidios... ¿Lo entiendes?

Una chiquilla se cruza en nuestro camino como una exhalación; la silla de ruedas pega un frenazo. Una barahúnda de niños pasa frente a nosotras a la carrera en pos de su compañera.

—Los países ricos, responsables de la mayor parte de la contaminación, quieren que los pobres dejen de consumir tanta energía e interrumpen su desarrollo. Les parece justo pedirles a los menos afortunados que sean ellos quienes paguen por los pecados de los privilegiados, que los de tez más oscura desistan de su empeño por equipararse a los blancos.

Hemos llegado a la linde del césped. Ni rastro de Mia. Damos la vuelta y nos internamos de nuevo en el enjambre de chicos que ríen, corren, cabriolan y danzan.

—Es una imprudencia confiar en que se llegue a un acuerdo por cauces diplomáticos. Las posturas en conflicto son irreconciliables y el resultado final distará de ser justo. Los países en vías de desarrollo no pueden renunciar al